**Débiles fronteras:**

**Hombres, monos y homínidos en la literatura**

**de Kafka, London, Lugones y Quiroga.**

Por Verónica Rodríguez

verosibila@gmail.com

*“(…) vuestra simiedad, estimados señores, en tanto que tuvierais*

*algo similar en vuestro pasado, no podría estar más alejada*

*de vosotros que lo que la mía está de mí. Sin embargo,*

*le cosquillea los talones a todo aquel que pisa sobre la tierra,*

*tanto al pequeño chimpancé como al gran Aquiles.”*

*Franz Kafka, Informe para una academia.*

Excelentísimos señores académicos, al igual que al narrador kafkiano, me hacen el honor de pedirme que presente ante ustedes, yo, simple y eterna estudiante de Letras, mi impresión sobre algunos textos en los que aparece representada la animalidad.

En este sentido, y dejando de lado el guiño al gran escritor checo, cabe preguntarnos qué lugar ocupamos en esa representación. Sabemos que existen los reinos mineral, vegetal y animal, pero nos gusta pensarnos por encima de todos ellos, dominándolo todo y sin querer admitir que nosotros, los humanos, pertenecemos a este último reino yque, sencillamente, somos animales. Nuestra supremacía sobre la naturaleza nos hace creer que somos una entidad superior. La religión nos ampara y nos hace suponer una creación divina, el arte nos acerca a lo sublime. La ciencia y el desarrollo tecnológico nos hacen sentir que dominamos el universo. ¿Cómo contentarnos con ser simples animales? ¿Cómo admitir que somos la última versión, por ahora, de esos simpáticos animales que encerramos en zoológicos para nuestra diversión: los chimpancés?

Ya han pasado 160 años desde la publicación de *El origen de las especies*, de Charles Darwin y en nuestro fuero interior todavía nos cuesta admitir que somos fruto de la evolución de los primates y menos aun de otras formas inferiores y comunes de vida. Darwin intuía que su teoría no sería bien recibida y se tomó varios años para anunciar *El origen del hombre*, publicándolorecién en 1871 porque sabía que era mucha la resistencia que iba a encontrar.

Por esos años nacían los cuatro escritores de los que hablaré en esta ponencia: Leopoldo Lugones**,** en 1874**;** Jack London**,** en 1876**;** Horacio Quiroga**,** en 1878 y unos años después, Franz Kafka, en 1883. Por aquel entonces,las ideas del evolucionismo todavía estaban en tela de juicio y estos autores coetáneos y de diferentes latitudes tematizaron en su literatura la cuestión de nuestra propia animalidad.

En 1906**,** Leopoldo Lugones publica “Izur”, un cuento en el que el narrador se obsesionará por lograr que un mono, más precisamente un chimpancé, hable, recupere el lenguaje. Un año después, en 1907, Jack London publica *Antes de Adam,* una *nouvelle* en la que ofrece su visión de la evolución humana mediante las experiencias oníricas de un narrador disociado entre su vida contemporánea como hombre y los sueños en los que es un homínido del Pleistoceno. En 1909, dos años más tarde, Horacio Quiroga publica “El mono que asesinó”, un cuento en el que describe un extraño caso de reencarnación e involución en el que un hombre, reencarnado en mono, planea una venganza durante tres milenios. Y finalmente, en 1917 aparece el cuento “Informe para una academia”, en el que Franz Kafka explica, a través de su narrador, cómo dejó atrás su pasado simiesco y se transformó en un ser humano.

¿Qué separa a los hombres de los monos? ¿En qué nos diferenciamos y en que nos parecemos a ellos? ¿Reconocemos nuestra propia animalidad? ¿Cuáles son los rasgos que nos hacen humanos? ¿Cuán lejos estamos los unos de los otros?

Para acercarnos a estas respuestas, propongo un recorrido por estos textos, en los que veremos cómo aparece representada la animalidad y cómo se relaciona con el hombre. Observaremos, según la visión de estos autores que vivieron entre 1874 y 1938, en la frontera de dos siglos, qué elementos se ponen en juego en la delgada línea que nos hace autodenominarnos seres humanos.

En primer lugar, veamos el lugar que ocupa el lenguaje en esta frontera entre la humanidad y la animalidad.

El protagonista de “Informe para una academia”[[1]](#endnote-1) relata cómo fue la primera vez que habló: *“Rompí a gritar…: “Hola!”, con voz humana. Este grito me hizo entrar de un salto en la comunidad de los hombres, y su eco “Escuchen, habla” lo sentí como un beso en mi cuerpo chorreante de sudor”* (Kafka, 1967, p. 119), siendo la adquisición del lenguaje la primera condición para dejar atrás la simiedad.

Al respecto, el narrador de *Antes de Adán[[2]](#endnote-2)*, describe lo lento y difícil que fue para la humanidad el proceso de desarrollo del lenguaje. Por ello lamenta a lo largo de todo el texto la falta de vocabulario que tenían nuestros antepasados del Pleistoceno: *“Si mi madre supo cual fue el final de mi padre, ella jamás me lo contó (…) carecía del vocabulario (…) el vocabulario de la horda consistía en treinta o cuarenta sonidos en total”* (London, 2008, p. 34). E insiste sobre las limitaciones del lenguaje para transmitir experiencias: *“Había pocas cosas que él pudiera contarme sobre condiciones y costumbres. No poseía el vocabulario necesario”* (London, 2008, 47)**,** debido al fuerte vínculo entre lenguaje y pensamiento: *“Trató de hablar, pero no había sonidos para expresar su idea (…) Teníamos pensamientos vagos para los cuales no poseíamos símbolos”* (London, 2008, 104)*.* También explica cómo la falta de lenguaje los condenaba a la confusión: “*Los miembros de la horda carecíamos de habla y siempre que nos reuníamos nos precipitábamos hacia la confusión”* (London, 2008, 104), entorpeciendola organización social y la evolución, pero esto lo analizaremos más adelante.

Desde otro punto de vista, en “El mono que asesinó”[[3]](#endnote-3) se plantea una posible comunicación entre el mono y el hombre lo que, por supuesto, llena de perplejidad al protagonistacuando se encuentra, sin pensarlo, hablando con el gibón enjaulado: *“Había respondido al mono, su vida entera habíase sacudido hasta lo más íntimo por lo que el mono dijo”* (Quiroga, s/f, p.10).

El protagonista de “Izur”, el cuento de Lugones[[4]](#endnote-4), en cambio, se obsesiona por lograr que su mono hable, ya que parte de la siguiente premisa: *“Sabía únicamente, con entera seguridad, que no hay ninguna razón científica para que el mono no hable*” (Lugones, 2011, p. 86), además lee en algún lado que los monos se niegan a hablar “*para que no los hagan trabajar”*(Lugones, 2011, p. 85).Es así comocomienza la educación de su chimpancé: *“Decidí entonces empezar con mi obra con una verdadera gimnasia de los labios y de la lengua de mi mono”* (Lugones, 2011, p. 88)*, “Comencé entonces con la educación fonética de Yzur”* (Lugones, 2011, p. 89)*.* Sin embargo, empieza a frustrarse: *“Pasaron tres años, sin conseguir que formara palabra alguna”* (Lugones, 2011, p. 90). *“No hablaba porque no quería”* (Lugones, 2011, p. 91). Y es aquí cuando formula una hipótesis inquietante: atisba que el lenguaje, o mejor dicho, la negación a él, protege al animal: *“la palabra, con su conjuro, removía la antigua alma simiana (…) contra esa tentación que iba a violar las tinieblas de la animalidad protectora, la memoria ancestral difundida en la especie bajo un instintivo horror ponía también edad sobre edad como una muralla”* (Lugones, 2011, p. 94).Hasta que finalmente, con sus últimos suspiros el animal habla: *“brotaron en un murmullo (¿cómo explicar el tono de una voz que ha permanecido sin hablar diez mil siglos?) estas palabras cuya humanidad reconciliaba las especies”* (Lugones, 2011, p. 95).Sin embargo, las palabras que dice el mono son “AMO, AGUA, AMO, MI AMO” (Lugones, 2011, p. 95), expresiones que indican más que la anhelada comunicación entre especies, la sumisión del mono al hombre, corroborando que tenía razón su especie en guardar un terco mutismo ya que hablar los confinará a la esclavitud, al trabajo, a servir a los hombres.

Reparamos entonces que, tanto en Kafka como en London, se ve que el lenguaje es uno de los rasgos más característicos de la humanidad; mientras que en el cuento de Quiroga se muestra el lenguaje como una posible e inquietante herramienta de comunicación entre las especies; y, yendo un poca más allá, en el cuento de Lugones, se problematiza dicha posibilidad, ya que el acceso a un lenguaje común podría devenir en la dominación de una especie sobre otra.

Siguiendo con nuestras reflexiones, podemos preguntarnos: ¿es el silencio lo que nos hace más humanos? Si el lenguaje está vinculado al pensamiento, la voluntad de callar, el silencio, parece también ser interpretado en estos textos como una actitud reflexiva y típicamente humana.

Precisamente, el gibón del cuento de Quiroga guarda silencio y ello es interpretado como señal de meditación: *“Durante cuatro días consecutivos el mono no había pronunciado ni una palabra. Algunas muecas, eso sí, mucho aire filosófico a pierna cruzada también, pero nada de frases”* (Quiroga, s/f, p. 13)*.* Mientras que en el inicio de su transformación en hombre, el protagonista de Kafka explica: “*debo haber sido excepcionalmente silencioso”* (Kafka, 1967, p. 113). En tanto que el silencio de su chimpancé es lo que desespera al narrador de “Izur”: *“Me encolericé y sin consideración alguna le di azotes. Lo único que logré fue su llanto y su silencio absoluto”* (Lugones, 2011, p. 92). Es decir que, de manera opuesta al simio kafkiano que busca, en su humanización a través del lenguaje, una salida; el mono de Lugones parece encontrarla en su obstinado silencio, el que también es descifrado como índice de su desarrollo intelectual e incluso como una rebeldía: *“este se intelectualizaba más en el fondo de su mutismo rebelde (…) no hablaba porque no quería”* (Lugones, 2011, p. 91). A su vez, el narrador de Lugones corrobora el vínculo entre el silencio y el pensamiento: “*no por dejar de hablar se deja de pensar”* (Lugones, 2011, p. 87). y describe al mono: “*con todo el aire de un hombre que armoniza sus ideas”* (Lugones, 2011, p. 86)

Al igual que el silencio, también la mirada, la contemplación y lo postural son interpretadas como operaciones del pensamiento.

El personaje de Kafka reconoce: *“No razonaba, pero observaba, sí, con toda la tranquilidad, a los hombres que veía ir y venir (…) y desde luego, solo estas observaciones acumuladas me empujaron en aquella determinada dirección”* (Kafka, 1967, p. 116) y agrega: “*actué como si hubiese razonado”* (Kafka, 1967, p. 116)*,* para concluir: *“Ah, sí, cuando hay que aprender se aprende”* (Kafka, 1967, p. 119). Mientras que en “Izur”, el narrador observa que su chimpancétenía *“la mirada más profunda y adoptaba posturas meditativas”* (Lugones, 2011, p. 91). Por su parte en “El mono que asesinó” se destaca que *“como el aburrimiento viene siempre en pos de mucha observación, el mono observaba en verdad”* (Quiroga, s/f, p. 8) y la primera descripción del gibón lo define como *“serio, aburrido, filosófico*” (Quiroga, s/f, p. 7).

Como podemos percibir, se lee en la mirada del animal, o en su silencio, índices de contemplación, rebeldía o pensamiento. Recordemos que London, como ya señalamos, liga muy fuertemente al desarrollo del pensamiento con el del lenguaje: *“Solo hablábamos de cosas concretas porque solo pensábamos cosas concretas (…) Luego vino la necesidad de creas nuevos sonidos para expresar nuevas ideas”* (London, 2008, p. 35). Y muestra cómo la falta de lenguaje atrasaba la evolución de la especie. *“nunca pensaron en ello, lo que demuestra el nivel de desarrollo mental de la horda (…) di accidentalmente con la idea de utilizar un trozo de madera* “(London, 2008, p. 71) y cómo se perdían en el olvido los avances o descubrimientos a los que llegaban por azar, ya que: “*Son inconstantes con sus ideas, las olvidan, excepto en raras ocasiones”* (London, 2008, p. 93).

Por eso no nos extraña que sea London el que expone con mayor fidelidad las ideas de evolución del hombre siguiendo las teorías darwinianas. El protagonista se enfrenta a los hombres del fuego que están un escalón más alto en la escala evolutiva y dice que estos “*estaban exterminándonos a conciencia*” (London, 2008, p. 127), destacando como rasgos de su supremacía el poder de observación que tenían, cómo los habían estudiado, planeado el exterminio, comunicándose entre sí y actuando cooperativamente. En cambio su propia horda estaba en un escalón inferior: *“estábamos en proceso de convertirnos en hombres* (…) *nos encontrábamos a mitad de camino del proceso de pasar de la vida en los árboles a la vida en el suelo*”. (London, 2008, p. 69).En varios fragmentos describe cómo coexistían estas distintas líneas de evolución. A la Veloz, su compañera de andanzas, por ejemplo, la describe como superior: “*sus ojos eran más grandes, no estaban colocados tan juntos”, “podría haber estado emparentada con los hombres del fuego. Su padre o madre podrían haber venido de un linaje superior”* (London, 2008, p. 81).

Lugones plantea, en cambio, una involución que contradice las leyes darwinianas y que la vincula con la pérdida del lenguaje: *“los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar (…) y el humano primitivo descendió a ser animal”* (Lugones, 2011, p. 85).

También Quiroga se refiere a una involución, pero relacionada con lo kármico, la reencarnación y la venganza: *“el gibón descendía de un hombre que había habitado con su antecesor* “y se permite en el texto este guiño en el que pone en duda las teorías de la evolución; “*Que la humanidad descienda del mono, todavía, pero que toda la franca y noble naturaleza humana se transforme en una bestia peluda y mordedora…”* (Quiroga, s/f, p. 27).

Más adelante, el mono antes de ejecutar su venganza confiesa:

hace tres mil años yo era un hombre (…) tu antecesor pagó mi bondad y mi cariño asesinándome (…) Yo era (…) un maestro (…) y debía reencarnar enseguida en una forma más perfecta (…) Pero Brahama vio que mi alma había quedad manchada: yo deseaba, ignorándolo yo mismo, vengarme de ti. Y pasaron cien años, mil, dos mil sin que pudiera purificarme (porque) aspiraba a la venganza (…) retrocedí, me convertí en un ser abyecto, encarné en un mono (Quiroga, s/f, p.44 45).

Por su parte, Kafka describe una acelerada y fantástica evolución del mono a hombre que se inicia en el transcurso de una travesía en barco y se completa en apenas cinco años, marcando con exquisita ironía cuán cercanos estamos los unos y los otros. El mono confiesa: *“a medida que mi evolución se activaba como a latigazo: más recluido y mejor me sentía en el mundo de los hombres* (Kafka, 1967, p. 110). Se define como “*alguien que fue mono ingresó al mundo de los humanos y se instaló definitivamente en él”* (Kafka, 1967, p. 111)*,* “*dejé de ser mono”* (Kafka, 1967, p. 113)*, “examino mi evolución”* (Kafka, 1967, p. 120)*.*

Si bien Kafka exagera estos rasgos, en las otras narrativas también podemos advertir una gran cercanía entre hombres y simios, a punto tal de hacernos dudar a los lectores quién es el mono y quién el ser humano, dejando en evidencia cuán débil es la barrera que nos separa.

Así, Quiroga plantea la cercanía entre el gibón y Boox, su protagonista humano: *“echó una ojeada al gibón y, ante el recuerdo del lazo profundo y misterioso que lo unía con el maldito cuadrumano*” (Quiroga, s/f, p. 15), ya que “*cabe suponer un lazo profundo entre esos dos seres”* (Quiroga, s/f., p. 21).Ambos tiemblan en la huida y en el tiempo de convivencia de ambos en la casa del protagonista, este empieza a sufrir transformaciones que lo confunden con un mono. Por ejemplo, el medico lo ve a Boox en una extraña postura y piensa al evocarla: “*no era de hombre*” (Quiroga, s/f., p. 30), luego Boox lo mira con “*la misma mirada de un animal acorralado*” (Quiroga, s/f., p. 31). Su empleado, al verlo comer, piensa: “*Come como un mon*o” y luego se tranquiliza porque “*era el hombre de siempre”.* (Quiroga, s/f., p. 34).

Lugones, también refiriéndose a su chimpancé, expresa: “*Cada vez que lo veía avanzar en dos pies, con las manos a la espalada para conservar el equilibrio, y su aspecto de marinero borracho, la convicción de su humanidad detenida se vigorizaba en mi”* (Lugones, 2011, p. 86). El narrador de “Izur” reconoce que la proximidad de la muerte había *“ennoblecido y humanizado*” (Lugones, 2011, p. 92) a su chimpancé. Lo que parece estrechar el vínculo entre ambos: *“En mi gran soledad, iba adquiriendo rápidamente la importancia de una persona (…) se moría (…) y su expresión era tan humana”* (Lugones, 2011, p. 92).

El narrador de “Informe para una academia” describe a los tripulantes del barco con actitudes más simiescas que las del propio primate*: “sus bromas eran groseras pero cordiales (…) se sentaban a veces algunos de ellos en semicírculo frente a mí, hablándose apenas, gruñéndose el uno al otro, fumando la pipa tendidos sobre los cajones, palmeándose la rodilla”* (Kafka, 1967, p. 115), o critica a los humanos por la poca inventiva para bautizarlo: “*me valió el nombre repugnante, totalmente inexacto y que podía haber sido inventado por un mono, de Peter el Rojo”* (Kafka, 1967, p. 111). Para conceder luego: “*¡Era tan fácil imitar a la gente! Escupir pude ya en los primeros días (…) pronto fumé en pipa como un viejo”* (Kafka, 1967, p. 116-117).

Hasta aquí nuestra lectura. Por cuestiones de espacio hemos debido dejar fuera de análisis otros elementos mencionados en estos cuentos que nos parecen cruciales para seguir pensando cuáles son las líneas que dibujan la frontera entre los monos y nosotros; tales como el recuerdo, la memoria y la posibilidad de transmitir las experiencias y la historia, la locura, la risa y lo lúdico, el arte, la religión, el trabajo y las relaciones de dominación, como la posesión, la contaminación, el asesinato y el exterminio.

En la frontera entre lo humano y la animalidad vemos la importancia que estos autores le han dado al lenguaje, ya sea como punto de partida para entrar en la humanidad, como vehículo de comunicación entre las especies o entre los individuos de una misma especie, también mostraron como su lerdo desarrollo fue a la par de la lenta evolución humana. La negación del lenguaje, el silencio, aparece en estos textos como índice de pensamiento, de rebeldía o incluso de protección de una especie ante el avance dominante de la otra. La mirada y el poder de observación también fue leído en estas narrativas como un rasgo de parentesco entre hombres y monos y, obviamente, vinculado al pensamiento. La evolución también fue tematizada en estos textos, pero con suerte ambigua, ya que en algunos textos tendía a la involución. Sin embargo, los cuatro autores han coincidido en el gran parecido entre el hombre y el mono, emparentados hasta en sus miedos, juegos, risa y tantos otros aspectos que por motivo de la extensión de esta ponencia no hemos podido desarrollar.

La vida cotidiana del siglo XXI nos lleva a un marcado sedentarismo, se ha reducido drásticamente el lenguaje, invitados como estamos por las nuevas tecnologías a usar ciento cuarenta caracteres y emoticones, no tenemos tiempo ni condiciones para el silencio ni la contemplación. ¿No será hora de recuperar cierta animalidad para acercarnos a una mejor humanidad? Y, por último, los invito a retomar el epígrafe con que inicié esta ponencia en el que se afirma la proximidad de todos nosotros a la simiedad, cabe solo preguntarnos ¿Qué pasará en un cercano futuro con las débiles fronteras que nos separan de los monos?

Parafraseando al narrador kafkiano: a ustedes, excelentísimos señores académicos, solo les he preguntado.

1. Kafka, Franz: “Informe para una academia”, en *La condena*, Buenos Aires, Emecé, 1967 (traducción de J.R. Wilcock). [↑](#endnote-ref-1)
2. London, Jack: *Antes de Adán*, Barcelona, Navona, 2008. [↑](#endnote-ref-2)
3. Quiroga, Horacio*: El mono que asesinó*, Buenos Aires/Santiago de Chile, Página 12, sin fecha. [↑](#endnote-ref-3)
4. Lugones, Leopoldo: “Izur”, en *Cuentos fantásticos*, Buenos Aires, Arte Gráfico, 2011. [↑](#endnote-ref-4)